

**APULEYO. CUENTO DE PSIQUE Y CUPIDO (DEL ASNO DE ORO)**

Había una vez en una ciudad un rey y una reina que tenían tres hijas muy hermosas. Las dos mayores, aunque eran verdaderamente hermosas, poseían una belleza que podía describirse con palabras humanas; pero la hermosura de la más pequeña era tan extraordinaria y tan sobresaliente que no podía expresarse ni alabarse suficientemente con el pobre lenguaje humano. Muchos ciudadanos del reino y gran cantidad de forasteros se acercaban a la ciudad deseosos de contemplar tal belleza, y al ver a la joven se admiraban y quedaban boquiabiertos como si aquella muchacha fuera la propia diosa Venus.

Y poco a poco fue creándose una leyenda, pues hasta las ciudades vecinas había llegado el rumor de que la muchacha era, en verdad, Venus, la diosa nacida de la espuma del mar, que había bajado del Olimpo para habitar entre los hombres, o que en aquella ciudad había nacido una nueva diosa de igual belleza.

La fama de la muchacha se había extendido por el mundo entero y ya eran muchos los hombres que, tras largos viajes y tras atravesar profundos mares, llegaban a la ciudad para contemplar aquella maravilla. Ya nadie visitaba los templos de Venus ni le rendía culto, sino que era a la joven princesa a quien trataban como a una diosa: le dirigían súplicas y le pedían milagros; y cuando ella aparecía cada mañana, la muchedumbre congregada ante el palacio de los reyes le ofrecía flores como a una divinidad.

Estos hechos habían llegado a los oídos de la verdadera Venus, y también que los hombres le rendían el culto reservado a ella. Entonces, Venus, indignada, se dijo: *“Yo soy Venus, la madre de la Naturaleza, la que hace que los mortales se enamoren. Y yo, la diosa con más poder, me veo sometida a la vergüenza de compartir con una muchacha mortal los honores que los hombres solo a mí deben rendirme. Es a ella y no a mí a quien llaman Venus; es a ella y no a mí a quien rinden culto. ¡No lo soporto! La castigaré por haberme robado mis privilegios y haré que se arrepienta de su belleza”*.

E inmediatamente hizo venir a Cupido, su hijo, quien con sus flechas hace que los mortales mueran de amor. Venus lo condujo a la ciudad y le mostró a Psique, pues este era el nombre de la muchacha. Le cuenta toda la historia y, presa de la ira y llorando de rabia, dice a su hijo:

*— Si me amas, te ruego que hagas algo por mí: que esa joven se enamore sin remedio del más perverso y malvado de los hombres, que sea feo y deforme; un ser tan malvado y horrible que no pueda en el mundo encontrarse otro igual.*

Mientras tanto, Psique, a pesar de su deslumbrante belleza, no saca de su atractivo ningún provecho. Todos la contemplan, todos la alaban; pero nadie, ni rey ni príncipe, ni siquiera un hombre del pueblo, se acerca a ella movido por el deseo de pedir su mano. Se admira, es verdad, su aspecto de diosa, pero todos la contemplan como si fuera una estatua perfecta. Hace tiempo ya que sus dos hermanas mayores, mucho menos hermosas, después de haberse prometido con príncipes, se han casado felizmente, mientras que Psique, soltera y sin pretendientes, sin salir de casa, enferma de cuerpo y abatida de espíritu, llora su abandono y su soledad, y odia su propia hermosura que tantos males le acarrea.

El rey, padre de la desgraciada joven, pensaba con razón que algún dios o diosa impedía que su hija tomara marido. Por eso decidió consultar a Apolo, el dios adivino, y le suplica un marido para su hija. Como respuesta al rey, Apolo le ordena lo siguiente: *“Lleva a tu hija al monte más alto de tu reino y déjala allí vestida como si hubiera muerto y fueras a enterrarla, porque la recogerá el ser más monstruoso y despiadado de cuantos hay en el mundo, odiado hasta por los mismos dioses. Ese será el marido que pides para tu hija.”*

El rey volvió a casa con esta triste respuesta e informó a la reina de las terribles órdenes de Apolo. La tristeza, la angustia y los lamentos llenaron la casa. Sin embargo, no se pueden desobedecer las órdenes de un dios. De manera que, vestida la desgraciada joven como para su funeral, se dispone a ser conducida al monte. Toda la ciudad está afligida y lamentan el terrible destino de la muchacha como si esta verdaderamente hubiera muerto. Entonces la muchacha dijo:

*—¿A qué viene ahora tanto llanto? Vuestras lágrimas y lamentos llegan tarde. ¿No os dais cuenta de que esto es un castigo de Venus? ¿No comprendéis que cuando me tratábais a mí como a una diosa estabais desatando los celos de la verdadera Venus? Entonces debisteis lamentaros y no desatar la envidia de diosa tan poderosa. Ahora ya es tarde. Llevadme al monte tal como ha ordenado Apolo, pues quiero que todo acabe. Me resignaré al hombre monstruoso que los dioses me dan como marido.*

Así habló la joven. La multitud acompañó a la muchacha al monte y allí la dejaron, en la cumbre; los ciudadanos cabizbajos regresaron a sus casas. El rey y la reina, agotados y consumidos por tan terrible desgracia, sumergidos en la oscuridad del palacio cerrado, se entregan al llanto. En cuanto a Psique, temblorosa y deshecha en llanto sobre la cima misma de la rocosa montaña, una suave brisa, soplando sobre ella dulcemente, agita de un lado y otro los flecos de su vestido e hincha sus pliegues, con lo que, alzándola casi imperceptiblemente, se la lleva con un tranquilo soplo, y, transportándola poco a poco a lo largo de la pendiente, la deposita suavemente y la deja acostada en el valle, al pie de la montaña, sobre la verde hierba.

La joven, agotada por los acontecimientos y acunada por la tierna hierba, duerme dulcemente; al despertar con nuevas fuerzas, ve un bosque cubierto de altos y gruesos árboles, ve una fuente de aguas transparentes y cristalinas; en medio del bosque, junto a la corriente de agua, se encuentra con un magnífico palacio que no parecía construido por seres humanos. Tan hermoso era que se podía creer la morada de un dios: los ricos techos de marfil son sostenidos por columnas de oro. Todas las paredes estaban recubiertas por planchas de plata, sobre las que había grabadas escenas con animales de todo tipo, tan perfectas que solo un artista maravilloso o, por mejor decir, un semidiós y hasta un dios mismo podía haber creado escenas con tanta vida. El pavimento presentaba también diversas escenas de variados colores formadas por diminutas losetas de piedras preciosas. Las restantes partes del palacio, a lo largo y a lo ancho, eran de una riqueza que no tenía precio, y las paredes, levantadas de arriba a abajo con planchas de oro macizo, brillaban con un esplendor propio, de manera que, aunque faltara el resplandor del sol, ellas proyectarían en el palacio su propia luz; igualmente resplandecían las habitaciones, las galerías y hasta las puertas. Si Júpiter, el rey de los dioses, decidiera construirse un palacio en la tierra, no sería muy distinto a este.